

inexpertos pensamientos oteando las rutas del futuro, incipientes, pero ya hinchados de emulación y oblicuos de suspicacia. El bello Mariano, cholo Juan, Emilio, muñeco Paz, bolchevique: destinos en agraz que ya se ejercitan en menudas intrigas, y ya se descubren sus dobleces y felonías. En el mosaico estudiantil se destaca la figura del maestro: perfil noble, vertical y señero, erguido como un roble en medio de los pequeños arbustos. Rojas reconstruye con admirable fidelidad el ambiente escolar. Sus tipos son universales, reconocemos en ellos a los que formaron con nosotros una generación. Por eso al terminar el relato nos invade una pena progresiva. Es que estamos reviviendo el doloroso momento de la dispersión de los nuestros: los camaradas se van por distintos caminos, cada uno sigue su estrella y la banca queda vacía de nuestras presencias estreptosas...

Gratamente evocadora, la novela de Rojas está trazada con selección y sobriedad de materiales; su prosa fluida, abundante de léxico, presta interés al relato y logra acentuar sus propósitos de emoción.

En definitiva, Rojas ha consumado un relato psicológico de muchos quilates, y su aportación a la literatura nacional es valiosa.

IGNACIO LASSO,
Quito.

GUILLERMO VISCARRA FABRE, *Poetas nuevos de Bolivia*.—La Paz, Editorial Trabajo, 1941. 286 pp.

Para los estudiosos de la literatura hispanoamericana que vivimos en las Antillas, Bolivia y su literatura aparecen lejanas, sin representación total, con unos escasos puntos de conocimiento en nombres como no sean Alcides Arguedas, Augusto Céspedes, Augusto Guzmán. La antología de Viscarra Fabre es útil como introducción a la nueva poesía boliviana, ya que tiene la virtud de incluir suficientes poesías de cada autor para llevarnos a su estudio. Pero descuida la precisión en las noticias sobre los poetas: bibliografía, crítica justa. En países como los nuestros, sin bastante cercanía literaria, los antologistas deben cuidar ese aspecto esencialísimo siguiendo los procedimientos de Federico de Onís, Gerardo Diego o el mexicano Jorge Cuesta, compiladores de antologías ejemplares. Las notas de Viscarra se reducen a un comentario demasiado lírico que ayuda poco al que busca más segura información.

Los poetas nuevos de Bolivia, si juzgamos por las selecciones de este libro, revelan estar al día dentro de las más modernas y difíciles zonas poéticas. Hay un grupo lorquiano —como el del Perú, como el de México, como el de Argentina, como el de todos los países nuestros—, donde la poesía de Federico García Lorca, el *Romancero gitano* principalmente, se imita en los procedimientos externos con una prolijidad

indeseable. Julio Ameller Ramallo, Octavio Campero Ichasa, Lucio Díez de Medina, Carlos Gómez Cornejo, Guido Villa Gómez, el mismo compilador de la *Antología*, Viscarra Fabre, aparecen transidos del hechizo lorquiano. En algunos de ellos se realiza, sin embargo, una adaptación feliz de las particularidades estilísticas de Lorca a la materia boliviana: naturaleza, tipos. Pero ya es tiempo de que, descubriendo la posible expresión de lo personal, no se escriba así:

*La montaña se ha vestido
con su pollera de fiesta.
Verde yugo, verde pasto
de la cumbre a la ladera.
Mocita: te estoy mirando
con mis ojos en tinieblas.
Tus senos son dos puñales
clavados sobre mi pena.*

El más hermoso aspecto del libro lo constituyen, a mi ver, aquellos poemas inspirados en la naturaleza boliviana: el altiplano, el gran lago, el Ande; el neoindianismo en alusiones y descripciones de fuerte belleza, como en "Motivos del Ande" de Humberto Viscarra o "Poema del cambia" de Enrique Kempff Mercado.

El surrealismo tiene también cultivadores: el más característico, Luis Luksic en "Manos y ciudades". Apunta, en fin, la poesía de emoción social, el canto de los hombres de la gleba en "Puño en alto" de José Enrique Viaña.

La lírica femenina está representada por Yolanda Bedregal, delicadeza expectante aún en su "primer naufragio", María Virginia Esténssero y Paz Nery Nava, autora de poemas infantiles, graciosos y tiernos, de imágenes diáfanas y, a la vez, muy poéticas.

MANUEL FRONTAURA ARGANDOÑA, *El Precursor o sea el Romance de don Joseph Alonso de Ibáñez*.—Santiago de Chile, Empresa Editora Zig-Zag, 1941. 202 pp.

La novela de reconstrucción histórica a lo Walter Scott tuvo numerosos intentos de imitación en la América Hispana durante nuestro romanticismo. Lo colonial era y sigue siendo, para nuestro arte, zona de materias que no han logrado aún su expresión artística. Pero entonces nuestros novelistas fracasaron por impericia artística, que les llevó a exceso de historia o al mal gusto del melodrama. Tal fué el caso del argentino Vicente Fidel López en *La novia del hereje* o del chileno Manuel Bilbao en *El Inquisidor Mayor*. Precisamos llegar al 1897 para encontrar una aproximación a Walter Scott: *Durante la Reconquista*,